

HIJOS

Conocí a Olegario y a su hijo William en la cantina del pueblo. Yo llevaba semanas huyendo. Viajaba de un lugar a otro, ebrio. Dormía en el coche, comía cuando me daba hambre. Me daba igual a qué pueblo llegaba; en el fondo todos me parecían iguales: una plaza con kiosco, una iglesia, una cantina, calles empedradas.

Olegario me habló en inglés. No soy gringo, le dije. Tenía unos cincuenta años, llevaba sombrero, bigote zapatista y botas vaqueras, pero vestía una camiseta sin mangas de los Raiders de Oakland. ¿Puedo invitarle un trago?, dijo. Le respondí que sí y llamó al Labios, un muchacho de unos quince años que tenía una rajada rosa que le partía en dos la boca y el paladar. Tráele otra copa al amigo, ordenó. ¿Qué está tomando?, me dijo. Lo que sea.

El Labios miró al dueño, un anciano flaco que jugaba dominó en la esquina y que se llamaba Cristino. El viejo aprobó con la cabeza y apuntó mi trago en un cartón que también usaba para llevar las cuentas del juego.

Yo no quería hablar, pero eso no desanimó a Olegario. Me contó que había nacido en ese pueblo pero que desde muy joven se había ido a California. Había regresado para presentar a su primer nieto con la Virgen de Talpa. Decía que le había hecho el milagro. Dos milagros, en realidad: le había dado un nieto y había regresado sano a su hijo de Irak.

Milagros, pensé. Diego, pensé. Luego me acabé la cuba y mordí los hielos.

El hijo entró poco después. Tenía una botella de cerveza en la mano y ya se tambaleaba. Lo reconocí: era el cholo que había visto en la plaza persiguiendo muchachas en una moto. Se subía a las banquetas, las embestía y se reía de ellas cuando corrían. Como si tuviera gracia. Es mi Willy, dijo el padre, apretándole el cuello y la cabeza con el antebrazo. El hijo se zafó del abrazo, me dijo mucho gusto y se carcajeó cuando golpeó su cerveza contra mi vaso y la espuma se derramó sobre mi mano.

El Labios llegó de inmediato a trapear.

Willy tenía los tics de un cocainómano: fruncía la nariz al beber, parpadeaba, interrumpía las conversaciones de los demás. Cuando se acabó su cerveza, sacó cincuenta dólares y le ordenó

al Labios que sirviera una ronda a todos. Déjalo, dijo el padre, yo pago, y le guardó el billete en el bolsillo, pero Willy gritó en inglés yo hago con mi dinero lo que me da la puta gana. Estaba rojo y una vena le punzaba en la cabeza. Me lo gané con mi trabajo, ¿no?

El Labios recogió del suelo el billete arrugado y se lo llevó a Cristino.

No sé cuánto bebimos. Sólo recuerdo que se hizo de noche. Y que Cristino giraba un foco, trepado en una silla, y que la habitación se iluminaba se oscurecía se iluminaba se oscurecía, hasta que todo era luz, y que alguien pateaba una cerveza, no sé si yo, y el Labios trapeaba y Olegario decía no importa amigo, no llore, por dentro todo se me oscurecía, en el cielo solo había grises y negros y la luz amarilla de un puesto de tacos, y yo solo pensaba en Diego.

Tampoco recuerdo cuánto conté, pero Olegario me decía confía en la Virgen, ella cuidó a mi hijo en Irak. Yo llamé a William y le pregunté cómo había sobrevivido, porque los hijos siempre se nos mueren, y él me dijo que primero había estado en Australia y en la costa de África, y que luego regresó dos semanas a los States, así dijo, y que luego se fueron a echar bala,

y que entraron a Bagdad a buscar a Sadam y que las cosas fueron más fáciles de lo que pensaban, porque el cabrón se había ido, y que entonces se dedicaron a buscarlo en todas partes y a matar cabrones.

Olegario empezó a incomodarse con las cosas que contaba su hijo, y en un momento le dijo que no exagerara. Will se rio: No dad, we were just picking flowers. Luego se fue a orinar y Olegario se disculpó conmigo. Está viendo a una psicóloga del ejército, me dijo. Es algo muy normal.

Will me preguntó después si había visto en YouTube los videos que graban los terroristas cuando explotan los tanques del ejército americano. Yo le dije que sí, y él se puso a hablar de esos videos, no entendía cómo alguien podía planear algo así y grabarlo con toda tranquilidad, y me dijo que lo peor de todo eran los momentos previos. En la pantalla aparece un tanque sobre un descampado y uno ya sabe lo que pasará, yo he visto cómo termina, dijo con los ojos hundidos, el tanque avanza como si fuera un recorrido rutinario, los de adentro no se imaginan que alguien los graba, y mucho menos que nosotros lo vemos, nadie sabe en qué momento pasará. Eso es lo peor de todo, dijo, y

luego emuló el ruido de una explosión que hizo que todos en la cantina voltearan.

Olegario se puso rojo. Volteaba a ver a los demás, especialmente a Cristino, que miraba todo desde su partida de dominó. No te hace bien estar pensando en eso, Willy, dijo el padre. Eso ya pasó. Cumpliste con tu deber.

Hablas como los hombres de traje, gritó Will. Manoteaba con la botella de cerveza entre los dedos. Quieren decirme cómo comportarme pero nunca se ensucian las manos, gritó. La cerveza escupía espuma y se chorreaba y caía sobre el piso de madera de Cristino. ¿Tú qué sabes, papá?, decía a centímetros de su cara. Olegario se fue encorvando, cada vez más avergonzado. Gracias a Dios estás bien, dijo. La Virgen te cuidó. Cuál pinche Virgen, gritó Will, y luego dijo en español la Virgen vale para una chingada, o la Virgen mis huevos o la Virgen me pela la verga.

Entonces Cristino, que había dejado las fichas de dominó, dijo más respeto muchacho, y William dijo pinche viejo jodido, usted no se meta, y Cristino dijo ustedes no pueden venir a hacer lo que quieran, aprendan a respetar, y Will comenzó a insultarlo en inglés, dijo tantos fuck you que Cristino ordenó que lo sacaran, y

los compañeros de dominó del viejo, tres rancheros gordos, se acercaron al soldado y él les aventó una botella en la cabeza.

2

En un blog encontré el testimonio de Raymond Cross, otro soldado en Irak. La traducción es mía:

“Después de la operación en el campo de entrenamiento de los terroristas, hicimos una misión de reconocimiento. Entre los cadáveres de los hijos de puta que se estaban preparando para explotar nuestros tanques y aviones, incluso para volar trenes y autobuses con civiles inocentes, reconocí a un hombre.

Lo moví con la bota; no se movió. Entonces me agaché y le toqué el cuello.

Lo había visto dos o tres semanas antes, durante una misión después del bombardeo a una aldea de terroristas. Cuando entramos aún había humo y pequeños fuegos, todavía flotaba el polvillo blanco que queda después de los bombardeos. El hombre apareció entre los escombros, con la barba y la cara sucias. Buscaba a gritos a alguien y quiso acercarse a Panda, pero le apuntamos a la cabeza y el cabrón se detuvo. Amigo, amigo,

repitió con las manos levantadas. Danny lo revisó y comprobó que no estaba limpio.

Se acercó al sargento y empezó a hablarle en iraquí. No entendíamos qué decía, y el traductor no venía con nosotros, pero parecía realmente desesperado. Después empezó a llorar y a jalarse el pelo y a gritar y dijo varias veces niños niños, en inglés. Luego empezó a dar vueltas entre los escombros y se perdió.

Cuando terminó la misión —no había nadie en lo que quedaba de la aldea— y regresábamos a la tanqueta, lo volvimos a ver. Estaba llorando sobre el cuerpo de un niño pequeño, quizá de ocho o nueve años, que yacía sobre una carreta con melones destripados de los que salía el único olor dulce de la tarde. El niño tenía una camiseta de Ronaldinho, el futbolista del Barcelona, y unas chancletas azules que colgaban entre los pequeños dedos de sus pies.

Entonces nos vio y comenzó a insultarnos.”

3

Después del entierro, Amalia se fue con su hermana. Se encerró en un cuarto oscuro y no quiso verme. Yo no podía dormir en nuestra cama. Me despertaba a las horas acostumbradas —doce, tres y cinco de la mañana—, como si aún tuviera que voltear a Diego para que le circulara la sangre. Fui a su cuarto y vi su cama vacía, con el barandal que impedía que se cayera. La gravedad pesaba más sobre su cuerpo. Entre las sombras vi la silla en la que Amalia se sentaba a platicarle cosas aunque él no pudiera entenderle. Vi la grúa y el arnés que usábamos para moverlo cuando creció, la silla de ruedas, plegada e inmóvil, la percha de la que colgaban el suero y la sonda nasogástrica.

Pensé que con los días se le pasaría, pero Amalia se negaba a verme. Su hermana me decía que no quería comer y que pasaba todo el día llorando y viendo fotografías de Diego. Yo intenté sacarla de ese cuarto, hacerla comer, pero ella me acusó, desde el otro lado de la puerta, de no sufrir lo suficiente. Hasta parece que querías deshacerte de él, dijo.

Durante años soñé que Amalia y yo íbamos a una playa o a una montaña, y que no necesitábamos pedir una respuesta que nadie podía darnos, soñé que podíamos dormir todo lo que quisiéramos sin temer que la muerte se metiera al sueño; que estábamos solos otra vez y que ella quedaba embarazada. Y ahí estaba yo, llorando a media noche en esa habitación vacía que aún olía a medicinas, temiendo que ella se volviera loca, y sin terminar de entender lo que nunca entenderé: quién era nuestro hijo, ese extraño por el que nos desvivimos durante doce años, por qué logró sobrevivir tanto tiempo y por qué ahora nos hacía tanta falta alguien que quizá nunca supo que existíamos.

4

No creo en Dios, pero la Biblia me sigue pareciendo un libro a la altura de mis dudas.

Hay una escena en el Génesis, no sé si costumbrista o celestial, en la que tres desconocidos visitan a Abrahán y Sara, nómadas en el desierto. Después de refrescarse bajo una sombra y de tomar cuajada y leche de cabra, una voz que por efecto

milagroso es al mismo tiempo la de Yahvé, el único, y la de los tres hombres, dice: Sara tendrá un hijo.

Sara, que está escuchando la conversación a sus espaldas, piensa que ya tiene 99 años, ya ni le baja la regla, y solo puede reírse. ¿De qué se ríe Sara?, pregunta Yahvé (o los tres huéspedes). No me estaba riendo, dice Sara, y en el texto se abre un paréntesis explicativo, uno de esos paréntesis que son como bombas de succión:

("Es que tuvo miedo".)

Hay algo de esta parquedad que me hiere. ¿Es lo único que puede decirse de una mujer marchita que por fin puede tener un hijo? Como si no supiéramos que ser padre significa esencialmente vivir con miedo: ¿Y si le pasa algo? ¿Y si me muero?

¿Cómo sobreviviré?

La historia bíblica sigue, y después de una vida tan breve o tan larga como 105 versículos, Dios pide a Abrahán que mate a su hijo. Con un cuchillo. En un monte.

Dios pide que queme su cadáver.

(Y el narrador, otra vez, apenas dice que estuvieron así tres días: tres días en tres palabras).

El final ya lo sabemos, porque en las buenas narraciones, especialmente en las bíblicas, el final está anunciado en la primera frase: era una prueba de Dios.

Yo podría decir que tengo una enfermedad congénita. La primera vez no lo sabía y ya conocemos el final: Diego, mi hijo. Amalia y yo nos hicimos pruebas y los médicos dijeron adelante, pueden embarazarse otra vez, pero a las quince semanas se confirmó que el bebé también venía mal. Una prueba de Yahvé, diría el narrador del Génesis, y después callaría. No, dije yo mirando a mi hijo inmóvil, pensando en mis genes envenenados. Y después de visitar a un médico para que lo matara, Amalia se encerró en una habitación oscura y no quiso hablarme.

Fue la primera vez.

5

Tres años después regresé al pueblo. Durante ese tiempo soñé varias veces que estaba en la cantina de Cristino. Soñaba con William, sobre todo soñaba con su voz. Insolente. Violenta. Rencorosa. Y sus palabras se mezclaban con mis dolores y con imágenes de dunas frías en el desierto de Irak y con el silencio de Amalia, y con un tanque que se convertía en ataúd.

El único hotel del pueblo estaba ocupado por un grupo de gringos. Mientras buscaba hospedaje en una casa, vi a Olegario en una carnicería. Estaba con otros dos hombres, parientes seguramente, que intentaban filetear un trozo de carne o un hígado o un páncreas o un riñón de vaca.

Me acerqué a saludarlo y no me reconoció. Le recordé cómo nos habíamos conocido. Él sonrió un momento y asintió con la cabeza. ¿Cómo está Willy?, dije. ¡Te acuerdas!, dijo, y luego agachó la cabeza. Con una mano aplastó el trozo de carne. Le encajó un enorme cuchillo y lo abrió por la mitad. Era muy roja pero no sangraba.

Imaginé que sobrellevaba tres juicios por violencia doméstica y dos más por conducir ebrio, que padecía insomnio recurrente,

que las pastillas no le quitaban las sombras de sus amigos muertos. O quizá una noche tropezó en las escaleras de un edificio en llamas y mató a su bebé, o se estrelló en moto contra el muro de una escuela, o se volvió yonqui, o esperaba la muerte en una cárcel del condado de Orange por traficar órganos de niños guatemaltecos.

Regresó a Irak y lo mataron, dijo Olegario.

Después de un rato en silencio, le invité una cerveza. Cruzamos la plaza y entramos a la cantina. Cristino, que estaba en su lugar habitual, saludó a Olegario con la cabeza. A mí me miró sin reconocermé. Luego dio la orden de que nos sirvieran.

El Labios ya no estaba.